

TRES ENFOQUES DE LA VIDA DE SAN MARTIN

La gloria y la grandeza del General San Martín, no radican solo en sus hazañas militares, reputadas por los estrategos más grandes del mundo, como modelos clásicos de organización, conducción y choque, sino en la trayectoria de su vida, tan llena de contenido y de enseñanzas, que describe una doctrina existencial, una filosofía vital, en cada uno de sus hechos y en cada una de sus expresiones trascendentes.

La etapa de la glorificación del héroe, ha sido ya superada por los escritores y estudiosos argentinos, y ahora aspiramos a estudiar más y más la intimidad de su ser, a desentrañar y difundir el contenido moral de sus acciones, de las que permanentemente surgen grandes enseñanzas, vividas más que predicadas.

Y acaso en eso reside precisamente, y en buena medida, el mérito mayor de las mismas.

Hace cerca de diez años, expresaba muy semejantes conceptos, sobre lo que denominé entonces: filosofía sanmartiniana.

San Martín, tuvo permanentemente el propio dominio de su ser y de su vida. Eso puede ser un modo del propio temperamento, y una expresión de su carácter, pero es indudablemente una filosofía de la existencia.

Nada en él, era obra del acaso. No vivió a las grupas del azar, sino exactamente a la inversa. Fué el señor de su destino. Cada una de sus acciones o de sus palabras, era la resultante de un proceso de inteligente razonamiento.

Él sostuvo, que suerte o destino, es a menudo, lo que la imprevisión entrega a la casualidad.

Rey de Castro dice a este respecto:

Previsor hasta el extremo, nunca los sucesos lo tomaron de sorpresa, nunca se produjeron sin que su cálculo director los hubiera consultado. Su máxima militar estaba encerrada en esta fórmula: “prever el desastre para impedirlo”. Otros capitanes de fantasía perturbadora, jamás contaron con la derrota, como una posibilidad que debían computar para sus decisiones, y por eso sus victorias, se consumaban entre ríos de sangre y sus reveses eran irreparables.

“La reorganización de las huestes libertadoras después del desastre de Cancha Rayada y el rechazo de los planes de Cochran para invadir Lima tras el apresamiento de la “Esmeralda”, aparejan la demostración más clara de cómo San Martín economizaba la sangre de los pueblos. Hombre menos hábil en el arte de la guerra, ni cosecha a raíz de aquel desastre los laureles de Maipú, ni tiene entereza suficiente para resitir la fascinación de la victoria naval del Callao, y habría en el primer caso, apelado a la retirada, y en el segundo, invadido la ciudad de los Reyes entre plomo y pólvora, no como lo hizo, sin disparar un solo tiro, ni derramar una sola gota de sangre”.

Y con esa actitud confirmaba sus palabras al Virrey La-serna, y a Canterac, cuando les proponía abrir negociaciones de paz: “El primer deber de un general —les decía en distintas comunicaciones—, es economizar la sangre de los pueblos”. “Yo solo llego al campo de batalla, cuando se me cierran todos los otros caminos para llegar a la paz”, y en otra carta le dice: “Tenemos la responsabilidad de la gloria mayor a que puede aspirar un hombre: asegurar la felicidad de nuestros países, sin sangre y sin lágrimas”.

De San Martín, no habría podido decir Saint Victor lo que dijera de otro guerrero “solo hay gritos en su fama, su nombre suena vacío de sentido, su historia forma parte de la historia de los azotes físicos de la humanidad. No era más

humano que un horrible temblor de tierra, o que la erupción de un volcán, arrasando pueblos”.

“No era San Martín, de los guerreros que rompen el hacha, cuando ya no les sirve para herir”, ni de los que hacen la guerra y acaudillan hombres para llevarlos a las matanzas, solo por necesidad de su temperamento.

Por todo esto, cada día en más, me afirmo en la idea, de que hay en esa vida extraordinaria, un manantial de enseñanzas de gran contenido y de maravilloso poder de ejemplarización.

Por eso me propongo en esta breve exposición, referirme a tres instantes estelares de su vida, que me dan pie para tres enfoques, que intentaré proyectar en el espíritu del lector, más que por el valor evocativo de mis palabras, por la influencia de su solo nombre.

1º ¿Qué razones gravitaron en el espíritu del teniente coronel don José de San Martín, jefe de un regimiento español, para abandonarlo todo: laureles, honores y ventajas y venirse a Buenos Aires, a ofrecer sus servicios a la causa de la libertad de su patria?

2º Su visión continental, desde el norte argentino, para advertir que la guerra de la independencia no se terminaría, mientras no se destruyera el poder ofensivo de los realistas en Lima y sobre todo para advertir igualmente, como el único camino posible para ese fin, el paso de los Andes, y la ruta del Pacífico.

3) Y finalmente: El significado de Guayaquil. La historia y la leyenda: reconstrucción lógica y prueba documental.

I. Veamos el primer enfoque:

¿Por qué vino San Martín a Buenos Aires, a luchar por la causa de la libertad americana?

San Martín fué llevado de Buenos Aires para España, cuando apenas había cumplido siete años.

¿Qué podía llevar en su memoria ni en su espíritu, que lo vinculara al país donde había nacido, acaso por una misteriosa resolución del destino?

Sus padres eran españoles, sus hermanos fueron militares españoles. En la intimidad de la vida hogareña, que tanto influye en la formación psicológica de las personas, el clima debió ser típicamente hispánico.

Llegado a Madrid, ingresa al Seminario de Nobles, colegio aristocrático, sólo accesible para la más rancia nobleza peninsular.

Sus primeras amistades, sus primeras emociones, sus razonamientos iniciales, que después forman las ideas básicas en la vida, todo debió ser hispánico.

¿Qué lo vinculaba al país lejano y remoto, casi de leyenda, donde sus padres le narraban que había nacido?

Nada de lo que ata al individuo con un lugar geográfico, lo ataba a él, a la América.

Ni el recuerdo del paisaje, ni las emociones del amor, ni las peripecias de las aventuras juveniles, ni amigos ni parientes, ni siquiera intereses materiales.

Y luego, su estada en España, su paso por el Colegio de Nobles, sus amistades y camaradas, que constituían hasta entonces sus mejores emociones, todo eso lo ligaba a España, que él debió mirar como su patria porque el lugar en que había nacido, integraba esa nacionalidad y más que nada, su incorporación al ejército hispánico; las jerarquías que conquistó, el prestigio que había logrado y que con justicia le reconocían pero también sin reparos ni retaceos; la amistad y la camaradería lograda con otros oficiales y jefes, en campamentos y cuarteles y aun en los campos de batallas, eran vínculos poderosos, que determinaban lógicamente, una orientación en su vida.

¿Y qué era su patria, a través de sus recuerdos?

Lo he dicho ya, antes de ahora. Una remota región, perdida en la bruma de sus recuerdos. Un país selvático, cuyos contornos, se desdibujaban en la leyenda y la fantasía de la época.

Y sin embargo, el mismo San Martín lo dice en su carta al General Castilla, con una sencillez, que le dá a la determinación, un carácter de absoluta simplicidad, como si fuera algo, que no pudiera haber sido de otra manera.

Y dice: "En una reunión de americanos en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etc. resolvimos regresar, cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, que calculábamos que se iba a empeñar."

"Regresar" dice San Martín, pero es que regresa el que vuelve, pero él, era tan extraño para el país, que en verdad no regresaba. Mas bien venía.

Y para eso, para este salto en el vacío, él dejaba fama, honores, altos grados militares, su familia y sus amigos, cuyos conceptos, ante esta actitud que difícilmente sería bien comprendida, él suponía con razón, candentes y dolorosos.

Cuando se medita alrededor de estas circunstancias, tan contrarias a lo corriente y común, se llega a pensar en una frase de San Martín en el Perú, que es quizá, lo que mejor la explica: "No he sido más que el instrumento accidental de la justicia y el agente del destino".

Por eso Mitre dice a su respecto:

"Esta figura de contornos tan concretos, es empero, todavía, un enigma histórico por descifrar. ¿Que fué San Martín? ¿Qué principios le guiaron? ¿Cuáles fueron sus designios?"

"Estas preguntas que los contemporáneos se hicieron en presencia del héroe en su grandeza, del hombre en el ostracismo y de su cadáver mudo como su destino, son las mismas que se hacen aún, los que contemplan las estatuas, que su posteridad le ha erigido, cual si fueran otras tantas esfinges de bronce, que guardan el secreto de su vida".

"San Martín, no fué ni un mesías, ni un profeta. Fué simplemente un hombre de acción deliberada, que obró como una fuerza activa en el orden de los hechos fatales, teniendo la visión clara de un objetivo real. Su objetivo fué la independencia sudamericana y a él subordinó pueblos, individuos, cosas, formas, ideas, principios y moral política, subordinándose él mismo a su regla disciplinaria". "Tal es la síntesis de su genio concreto."

Y yo agregaría, que precisamente, por eso se ha dicho y

se ha dicho bien, que San Martín fué una misión. Las transformaciones profundas que en aquellos días, se operaban en los conceptos y las ideas, en favor de la libertad, en Europa y en especial en España, donde sus grandes economistas, pensadores y publicistas, difundían las doctrinas nuevas, en contra del triple despotismo real, económico, político y religioso, abrían cauce a las esperanzas de libertad en el mundo.

El Contrato Social, las teorías de Adam Smith, que encontraban en la península, magníficos expositores, en especial Jovellanos y José Cadalso Vázquez, con sus famosas Cartas Marruecas, en que hace la crítica severa de la situación española y Antonio Capmany y José Alonso Ortiz y Valentín Foronda, circulan con rapidez.

Los fisiócratas, que dentro de sus doctrinas económicas, sustentaban concepciones políticas, como aquella de que la ley era producto de la necesidad, reglada por la razón, que podía aun imponérsele al mismo monarca, en interés de la sociedad. Y decir esto, en los momentos en que la ley no era otra cosa que la sola voluntad del monarca, constituía un motivo de inquietud espiritual para la juventud de España. Esa inquietud llegaba a los campamentos y cuarteles y encendía en sus hombres nuevas aspiraciones, ideas de libertad, a expensas de la omnipotencia real.

El espectáculo del gobierno español de aquellos años, presenciado por un rey burlado en su dignidad en "que todo Madrid lo sabía menos él" según al decir de Larra, frente a un pueblo cuya característica, es el culto del honor, en su forma más intransigente y heroica, gobierno que como ya lo he dicho, no estuvo en ningún momento a la altura gloriosa del pueblo eterno cuyos destinos regía, facilitaba la propagación de las ideas de limitación de la autoridad real.

Eran épocas propicias para luchar por la libertad en el mundo.

Y esa nueva conciencia, llevó a la mente de San Martín, el anhelo de servir a su patria en sus esfuerzos por la libertad.

¿Pero de qué patria?

Así pudo pensar, ya que patria sentimentalmente, no es solo el lugar en que se nace, sino ese y aquel, a que nos vinculan más recuerdos, en cuyas tierras, están las cenizas de nuestros abuelos, donde hemos sufrido y gozado, donde más fuertemente se atan nuestros afectos y sentimientos.

Y eso no era nuestro país para él.

¿Qué le habló a su conciencia, para el paso trascendental, de su venida a América? ¿Qué voz sonó en su alma y en su mente?

Más que sus sentimientos y sus emociones, le hablaron sus conceptos, sus pensamientos, su razonamiento insobornable: "Allá he nacido. Yo soy americano y ese es mi deber". Esas fueron seguramente sus reflexiones, porque ese fué el resultado: la conducta del deber, frente a todo, y por sobre todo. Y abandonó grados, honores, ventajas y lo expuso todo, desde el honor hasta la vida.

Y con ese acto, San Martín como en una parábola bíblica, proclama una doctrina, la del deber inflexible, sin atenuaciones sentimentales ni cálculos de ventajas.

Y así transcurre toda su vida. Y lo mismo habla del deber y lo practica en el reglamento, para su Regimiento de Granaderos a Caballo, que a sus oficiales en Mendoza dictando academias y aun, con el corazón emocionado de amor paterno, cuando dicta las tablas de la ley, para su hija, en aquellas máximas, eternas por su valor, e inmutables por su filosófica verdad.

Y ese día, en que el héroe glorioso, se despoja de sus arreteras de teniente coronel del ejército español, para venir a esta patria desconocida casi para él, asume los contornos de un apóstol, enseñando con la acción, cómo se obedece al deber, sin más reclamo ni más estímulo, que el llamamiento de su conciencia cristalina.

Evoquémosle en el paso magistral.

Un atardecer de otoño, se aleja de las costas de España. Ahí deja tanto, en recuerdos, en afectos y esperanzas, que al alejarse el barco de la costa, rumbo a Inglaterra, desde donde

vendrá a Buenos Aires, pasa revista a su vida. Él no es un sentimental, pero tampoco es un insensible y mientras la franja parduzca de la costa, se esfuma, entre las primeras sombras de la noche y la lejanía que por instantes se aumenta, debió sentir en su corazón, la angustia de un desgarrón profundo, pero de lo más íntimo de su ser y cuadrándose ante su conciencia, reina y señora de su vida, debió salir esta expresión militar: ¡está cumplida la orden!

Y vino a su patria y comenzó su misteriosa misión, de brazo del destino, como él mismo se llamara.

SEGUNDO ENFOQUE

La visión Continental

Desde el Aconquija, San Martín contempla el panorama de su patria en la lucha por su independencia, se plantea el problema de su más rápida realización y señala el único camino para lograr ese propósito.

En efecto; nombrado jefe del Ejército del Norte, después de los terribles contrastes de Vilcapujio y Ayohuma, se encuentra en Yatasto, por primera vez con Belgrano, el héroe de Tucumán y de Salta, cuyo ejército fué diezmado por la adversidad.

Un estrecho abrazo, vinculó para siempre a los dos grandes, los más grandes militares de la revolución argentina según Mitre.

El camino del Alto Perú, hasta esa fecha estaba sembrado de cadáveres de ambos bandos y empapado en sangre americana.

¿Cuál era el atajo, que detenía el avance de los del norte hacia el sur, y de los del sur hacia el norte?

Mitre anota este hecho que llama sincrónico, por su matemática repetición y bien puede decirse, que en él está la raíz, de la separación del Alto Perú, de las Provincias Unidas, lo que después dió lugar al nacimiento de Bolivia.

A cada derrota de nuestro ejército del norte, correspondía un mayor aflojamiento en los vínculos que ligaban a las provincias del Alto Perú, con las que actualmente constituyen la Nación Argentina.

Carecían esos pueblos, de la capacidad de acción y de la acometividad de sus hermanos del sur.

Había menos unidad de convicción, entre esos pueblos y sus dirigentes y por consiguiente menos capacidad de organización y eficacia militar.

San Martín advierte que fuera de eso, la vinculación sentimental y de intereses no existe y fué por tal razón que dice en carta a Godoy Cruz: "no hay verdad más demostrable, que la separación del Alto Perú de las Provincias bajas" (Provincias Unidas del Sur).

Voy a referirme a ese fenómeno y sus consecuencias.

Lima, era el objetivo final ineludible. En la histórica ciudad, se resolvería el problema de la independencia americana. ¿Pero cuál sería el camino?

Marchar por el Alto Perú, era perder tiempo, recursos preciosos y vidas aún más valdezas, negándose a leer en los hechos producidos, la lección de la realidad posible.

Si bien es cierto que la perseverancia es la madre del éxito, no es menos cierto, que hay necesidad de advertir la diferencia substancial, entre perseverancia y ciego empecinamiento.

Perseverancia, es la permanencia razonada en una actitud, en un propósito, o en el procedimiento para lograrlo. Es la capacidad para resistir a todas las fuerzas y corrientes encontradas, mientras hay esperanzas razonables, mientras hay utilidad en la resistencia. Pero es empecinamiento y ceguera, cuando la postura se adopta contra toda razón y prudencia, desoyendo la voz categórica de la experiencia, que contra lo que por lo general se cree, es el camino de la ciencia. En efecto, cuando en la retorta de un sabio, repetido un hecho, en idénticas condiciones, queda en el fondo el mismo residuo, o se producen los mismos fenómenos, el sabio proclama el descubrimiento de una ley científica. Otro tanto es el lenguaje de la vida, que no todos

sabemos descifrar o entender. Y en este caso la experiencia aconsejaba el cambio de ruta.

Dice Mitre, que estudiando militarmente el problema, el General del Ejército del Norte, tenía que resolver ante todo, si era posible y si era militarmente acertado, llevar por tercera vez la ofensiva a Lima, por el territorio del Alto Perú. Estas cuestiones, al parecer puramente técnicas, envolvían el arduo y delicado problema social, político y militar, que hemos señalado antes. De su solución pendían los destinos de la América del Sur y solo un genio observador —agrega Mitre— paciente y metódico, podía preverla, prepararla y realizarla.

Y el águila se remonta a los espacios: advierte las dificultades no solo militares y políticas.

Advierte la desemejanza racial de los alto-peruanos, con los de “las provincias bajas” o argentinas, como decía San Martín, al afirmar que “unas y otras estaban totalmente separadas”.

Los ejércitos que a las órdenes de Goyeneche, americano, combatían a nuestras tropas, que les llevaban la libertad, en las puntas de sus bayonetas gloriosas, eran compuestos en sus tres cuartas partes de americanos también, o como se comprobó en la capitulación de Ayacucho en que de 18.000 soldados rendidos, no alcanzaban a 900 los españoles, lo que acá jamás hubiera ocurrido, porque el fervor revolucionario, agitaba parejo el corazón y la mente de todo el conglomerado social. Pero los pueblos del Alto Perú, subyugados en su espíritu, quebrados en su altivez, se doblegaban a la voz de mando de aquellos a quienes estaban acostumbrados a obedecer.

Pueyrredón lo había dicho ya, con ruda franqueza, según lo comprueba el eminente historiador argentino, doctor Levene, en un documento en que expresa:

✓ “Apenas se supo la derrota de nuestro ejército en Guaqui, o más bien su increíble disolución, empezó la más sofocada influencia de nuestros enemigos interiores, á hacer prodigiosos progresos en los ánimos de los naturales del Perú, y la libertad que á costa de tantas fatigas les había dado V. E.

fué ya un objeto de poco interés para unos y de abominación para otros, desde que concibieron que debían sostenerla con sus pechos y á precio de algunas gotas de sangre. Pueblos humildes, ignorantes, sin virtudes y nacidos y educados para la obscura esclavitud, son incapaces de ser elevados a un sentimiento sublime como creo haberlo dicho a V. E. aún antes de Nras. desgracias y solo aprehenden con vehemencia el terror o el azote a que han estado sugetos desde que vieron la luz: Ellos solo pueden servir atados a el carro del más poderoso y nada saben amar más que sus vicios y bajas pasiones.”

De esos pueblos y en especial de esos naturales, el general español Francisco de Pabla Sanz decía, “que su condición natural, era la esclavitud”.

Frente a esos pueblos dijo Abascal, generalizando sus conceptos y refiriéndose a los revolucionarios de Buenos Aires, que “habían nacido para vegetar en la obscuridad y el abatimiento.”

Es que el rumbo espiritual de la colonización hispánica, fué totalmente diferente, en el Alto Perú, al seguido en el Río de la Plata, en razón de las dos características distintas entre ambas regiones.

Agrícola pastoril, entre nosotros, lo que supone la vinculación afectiva con la tierra que se cultiva y con las plantaciones que se logran, cuya belleza y aun beneficios, alcanzan a todos en alguna medida; mejoran la vida y crean un sentido de solidaridad humana, que suaviza las diferencias de clase y las atenúa en el trato diario.

Mientras que el trabajo en la mina es duro, peligroso, aniquilador. El indio no ve ningún beneficio, como no sea el magro alimento en la medida indispensable para reponer las energías necesarias, a fin de volver al fondo obscuro del socavón. El indio no se vincula a ninguna construcción, a ninguna creación que estimule otro estado emocional que el rencor, el hastío y la tristeza, que lloraba en las quejumbrosas notas de sus quenás y que aun resuenan a través de los siglos, como el eco dolorido de su infortunio.

El trabajo es una forma de felicidad, cuando el esfuerzo

con que se cumple, se convierte —de algún modo— en una creación que satisfaga el anhelo creador innato en el hombre, como una necesidad del espíritu; pero es una tortura y a veces una maldición insoportable, cuando ese esfuerzo es estéril o inútil, o su expresión se diluye sin forma precisa, o se concreta en un resultado en el que, por extraño a nosotros mismos, en nada nos prolonga.

Eso es, la definición de la pena que los códigos de la materia denominan “trabajos forzados”, cuya condición esencial, para que sea pena, es la inutilidad visible de ese trabajo.

El penado debe acarrear un montón de piedras, en viajes sucesivos, de un punto a otro, y después traerlas nuevamente al punto de origen y así, constantemente, durante años, mientras dura la condena.

El indio vivía casi ese drama, arañando las entrañas de la mina, sin que con ese mineral que extraía pudiera crear nada, pues pasaba de inmediato a poder del encomendero, español o criollo lo que le daba el carácter a su trabajo, de un penoso esfuerzo, ciego, incapaz de producirle satisfacción alguna y sin más estímulo que el grito airado del capataz minero, cuando no el chasquido de su látigo, muchas veces marcado en sus carnes laceradas.

Y ese régimen de tres siglos consecutivos creó el tipo humano correspondiente; decaimiento espiritual, de sometimiento y de definitivo abatimiento. Vuelvo a decirlo: no les faltaba heroísmo, pero carecían de aptitud para la resistencia orgánica. Carecían de convencimiento por la causa y de fé en su triunfo definitivo. Y lo que más influía, sus dirigentes, no tenían en las masas, la gravitación que habían logrado los espafíoles, cuyas órdenes estaban acostumbrados a obedecer.

San Martín apreció todo eso sin duda, pesó las circunstancias tanto favorables como adversas, oyó la voz del destino, leyó la expresión de la dolorosa experiencia, y como desde un Sinaí, resolvió la libertad americana y dictó la ley de la Victoria, al exponer que el camino para Lima, era desde Mendoza a Chile y por el Mar al Callao.

Y entonces la carta a Rodríguez Peña del 22 de abril de 1814. Y le dice: “La patria no hará camino, por este lado del norte, que no sea una guerra defensiva y nada más. Pensar en otra cosa, es empeñarse en echar al pozo de Ayron, hombres y dinero. Ya le he dicho a Ud. mi secreto: Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza, para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos, sólido, para concluir también con la anarquía que reina. Aliando las fuerzas, pasaremos por el mar a tomar Lima. Ese es el camino y no éste. Convéznase, hasta que no estemos en Lima, la guerra no se acabará”.

En verdad, que a Rodríguez Peña y a cuantos hayan leído esta carta, les habrá parecido un despropósito. Dice Mitre que en general, “de hacerse pública tal concepción, lo hubiera acreditado a San Martín como loco y sin embargo —agrega el referido historiador— es lo que le ha asignado su puesto en la historia del mundo y lo que en definitiva, cambió los destinos de la revolución de la América del Sur”.

No se ha destacado suficientemente, en los estudios históricos en general, este instante tan definitivo en la vida de San Martín y tan fundamental para la América. Sin ese pantallazo de su genio, otro habría sido el decurso de la historia.

¿Qué inspiración fué la que alumbró su mente?

¿Qué raciocinios le hicieron concebir tamaña empresa?

Pasar a Chile, desde Mendoza!

Pero y los Andes? Cumbres que parecen una muralla, que limita lo humano con lo divino, por la imponente monstruosidad de sus cumbres, por la lobreguez de sus abismos, por la aridez abrupta de sus laderas, en que cada una, es un atajo, que al mirarse solo, evocan la necesidad de un esfuerzo y el dolor de un sacrificio.

Y después el mar!

¿Y la escuadra de dónde saldría? Y si salía, podría enfrentar a los barcos españoles tripulados por bravos marineros que dominaban el Pacífico?

Es que el genio, ve donde los otros nada distinguen y no mira, donde los otros clavan sus miradas.

San Martín no conocía a Mendoza, pero como si leyera en los cielos ú oyera al destino, la señaló como base de su hazaña.

Y Mendoza, fué eso. La base de su hazaña. Conqué orgullo lo proclamo!

Y vino a Mendoza y organizó un pequeño y disciplinado ejército. Y pasó a Chile. Y concluyó con los realistas en Chile. Y se alió con un gobierno de amigos, que en ese tiempo lo eran todos en Chile. Y pasó al Perú y tomó Lima y terminó virtualmente la guerra.

He ahí al genio.

¿De dónde le vino esa luz?

De los cielos, porque él era el brazo del destino, cumpliendo sus inescrutables designios.

Y al marcar nuestra unión con Chile y Perú, marcó como en una parábola bíblica, un mandato para esos tres pueblos: la unión entre ellos, por los siglos de los siglos, en resguardo de la libertad lograda con la sangre común.

Y viene ahora, un tercer enfoque: Guayaquil.

TERCER ENFOQUE

Guayaquil

El misterio de esa conferencia mantenido sepulcralmente, durante cerca de un cuarto de siglo, no obstante su trascendencia, exitó la preocupación general de los historiadores y escritores de América y aún los del mundo, en alguna medida, pues en ella estaba el secreto de las razones que determinaron el retiro de San Martín, del teatro de sus glorias.

La primera luz que aclara el misterio, es la carta de San Martín a Bolívar, del 29 de Agosto de 1822 desde Lima y cuya publicación se hace por el Capitán Lafond de Lurey en 1844.

Esa carta dice así:

“Excmo. Señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar.

“Querido General: “Dije a usted en mi última, de 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta república, con el fin de separar de él al débil e inepto Torregable, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribirle con la extensión que deseaba; ahora la verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de la América”.

“Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme, y que, aún en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la república, permítame general le diga, no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy persuadido, que la menor manifestación suya al congreso sería acogida con unánime aprobación cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de usted y la del ejército de su mando; y que el alto honor de ponerle término, refluirá tanto sobre usted, como sobre la república que preside”.

“No se haga V. ilusiones; general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas; ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota diezmando por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino 8.500 hombres, y de éstos, una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas según me escribe este general, no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones), y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1.400 colombianos que V. envía será necesaria para mantener

la guarnición del Callao, y el orden de Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios, no podrá conseguir las ventajas que debían esperarse, si fuerzas poderosas no llamaran la atención del enemigo por otra parte, y así la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido, que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males”.

“En fin, general: mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el sólo obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad, terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América del Sur debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse”.

“No dudando que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que usted no podrá negarse a tan justa exigencia, remitiré a usted una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada pueda ser a usted de alguna utilidad su conocimiento”.

“El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro lo harán acreedor que usted le dispense toda consideración”.

“Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil a la república de Colombia. Permítame general, que le diga, que creí que no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluída la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día

pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sud-América”.

“He hablado a usted, general, con franqueza, pero los sentimientos que expresa esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia”.

“Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito a usted una escopeta y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores”.

“Con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor. — José de San Martín”.

Estos conceptos están contenidos también en la carta de San Martín al General Miller, contestando a preguntas de éste, que redactaba en esos momentos sus memorias.

Y con mayor amplitud en 11 de Setiembre de 1848, dos años antes de su muerte, le dice lo mismo al Presidente del Perú General Castilla, en las siguientes palabras y refiriéndose a la entrevista de Guayaquil:

“Yo hubiera tenido la más completa satisfacción habiéndole puesto fin con la terminación de la guerra a la independencia en el Perú, pero mi entrevista en Guayaquil con el general Bolívar me convenció (no obstante sus protestas) que el sólo obstáculo de su venida al Perú con el ejército de su mando, no era otro que la presencia del general San Martín, a pesar de la sinceridad con que le ofrecí ponerme bajo sus órdenes, con todas las fuerzas de que yo disponía”.

“Si algún servicio tiene que agradecerme la América, es el de mi retirada de Lima, paso que no sólo comprometía mi honor y reputación, sino que me era tanto más sensible, cuanto que conocía que con las fuerzas reunidas de Colombia, la guerra de la independencia hubiera sido terminada en todo el año 23. Pero este costoso sacrificio y el no pequeño de tener que

guardar un silencio absoluto (tan necesario en aquellas circunstancias) de los motivos que me obligaron a dar este paso, son esfuerzos que usted podrá calcular y que no está al alcance de todos el poderlos apreciar”.

Como se ve, en estas dos cartas, hay idénticos conceptos y hasta idénticas expresiones, al punto de que es visible que la misma mente que concibió la primera, es precisamente la que concibió la otra; cartas ambas que son la misma esencia, con distinta graduación, lo que lógicamente se explica por haber pasado un cuarto de siglo de diferencia entre ellas, y bien se sabe que los años pasados, nos dan, por la lejanía del tiempo, aun en los actos propios, el carácter de espectador, mas bien que de protagonista.

Después de todo esto, no es posible cuestionar la autenticidad de esa carta, llamada de Lafond, sino planteando una gravísima acusación en contra de San Martín, que indudablemente, rebotaría sobre el bronce de sus estatuas, cuyo único resultado, sería demostrar, como es que se cumplían las palabras de su conocida carta a Guido:

“Ud. sabe bien, que no he tenido mas aspiración que servir a la libertad de mi patria y merecer el odio y las injurias de los malvados y la consideración de los hombres virtuosos”.

Y eso se ha cumplido, pues como dice Joaquín V. González: San Martín ha sido el hombre más calumniado de nuestra historia”.

Pero antes de entrar a estudiar la significación que filosóficamente tiene Guayaquil, así, de paso, como quien aparta hiedras de un viejo monumento histórico, refirámonos a aquello de que San Martín al ir a Guayaquil, iba ya resuelto a su total retiro del Perú, de donde deducen los que tal afirman, que su abdicación, no fué un gesto de abnegación en bien de la causa de América, sino el cumplimiento de un propósito ya tomado, y por razones de otro orden.

En cambio otros sostienen que su retiro, fué la consecuencia del fracaso de la entrevista, al negarse Bolívar a la unión

de los dos Ejércitos y una *huida* ante la seguridad de su derrota.

He dicho hace poco, en un libro reciente, que la peor de las falsedades, es siempre la verdad a medias. Y en estas dos injurias, hay en cada una de ellas, una verdad a medias.

Vamos a verlo.

San Martín, nunca aspiró al mando político de los pueblos.

Lo rechazó en Buenos Aires, a raíz de la Revolución que él encabezara el 8 de Octubre de 1812; lo rechazó en 1816 cuando el Congreso de Tucumán se disponía a elegirlo Director Supremo, en que por intermedio de su íntimo amigo Godoy Cruz, la representación cuyana se negó a votarlo; lo rechazó en Mendoza al pedir su relevo como Gobernador Intendente, so pretexto de sus tareas militares; lo rechazó en Chile, al ser insistentemente proclamado para Director Supremo por el Cabildo Abierto de Santiago.

Y en Lima, lo aceptó según se lo dice a O'Higgins, en carta del 10 de Agosto de 1821:

“Los amigos (La Logia) me han obligado terminantemente a encargarme de nuestro gobierno y he tenido que hacer el sacrificio, pues conozco que de no ser así, el país se envolvería en la anarquía, espero que mi permanencia, no pasará de un año”.

Y lo mismo le había manifestado a su suegro el Sr. Escalada, a Basil Hall, a Lord Cochrane y otras personas. Y así fué y al año justo, renunció al cargo.

Pero a nadie se le ocurriría pensar, sino maliciosamente, que lo que San Martín deseaba ardientemente abandonar, era el mando de las armas, es decir, del Ejército. Su propósito era renunciar el mando político, por resistencia instintiva de todo su ser, a esas funciones.

Cuando fué pues a la célebre entrevista, iba resuelto a abandonar el poder civil, eso es exacto porque el mismo San Martín lo había manifestado con reiteración. Pero suponer que ese alejamiento del mando político, implicaba también su alejamiento del mando militar, eso desfigura la mitad del con-

cepto, lo que vicia a su expresión, de la falsedad a que me he referido.

¿Cómo puede creerse que va a Guayaquil, a tramitar ante Bolívar la unión de los dos ejércitos, si él está ya resuelto a alejarse?

¿Cómo con tal resolución le pudo ofrecer a Bolívar servir a sus órdenes con las tropas de su mando?

Pero aun más, dentro de la lógica: Si San Martín, está resuelto a retirarse, a qué fué entonces a Guayaquil?

Y con respecto a la otra faz: que "San Martín se alejó del Perú ante la negativa de Bolívar, de unir ambos ejércitos porque eso lo enfrentaría a breve plazo a una inevitable catástrofe militar", no resiste a la lógica ni a la prueba documental a que voy a referirme.

Esta es la visión estrecha y limitada, de quienes tienen ojos y no ven más que lo menguado de la vida. De quienes ignoran la belleza del mundo moral, de lo noble y de lo digno y de la íntima satisfacción que encuentran los grandes espíritus, en aniquilar todas las humanas aspiraciones y apetencias, para quemar la propia vida, en el fuego de un alto ideal. Y como no lo imaginan, no lo ven tampoco, en ninguna actitud.

San Martín con la claridad con que siempre supo apreciar las circunstancias, advertía y lo dice, en la carta que hemos copiado, que unidas las fuerzas a sus órdenes con las de Bolívar, la guerra de la independencia se podría terminar en solo un año, 1823, liberando así a los pueblos que la soportaban, de sus inevitables penurias. El creía que evitar la prolongación de esas penurias, era un deber ineludible para los dos hombres en quienes el destino había confiado la responsabilidad de esos acontecimientos, pero no creía en la posibilidad de una catástrofe militar, sino totalmente a la inversa, pues le dice a Bolívar en la tan controvertida carta, que si la unión de los dos ejércitos no se realiza, la lucha será indefinida y agrega textualmente: "Digo indefinido, por que estoy íntimamente convencido de que sean cuales fueran las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América, es irrevocable,

pero también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos y es un deber sagrado, para los hombres a quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males”.

Pero para quienes se empeñan en encontrar puntos vulnerables en la conducta de San Martín, era necesario inventar lo de la catástrofe militar ad portas, para darle a la abdicación, el carácter de una huída, sirviendo de ese modo a deplorables expresiones de Bolívar.

Y digo esto, en que por primera vez formulo un reparo, al gran hombre del Norte, ante el contenido de la carta dirigida por él al General Santander el 11 de Octubre de 1822, es decir a los tres meses escasos de la entrevista, al final de la cual, obsequiara a San Martín con su retrato:

“Laja 11 de Octubre de 1822

“A Santander

“El Congreso (del Perú) se instaló el 20 del pasado y San Martín se ha ido para Chile el 21, después de hacer su renuncia y sus proclamas.

“El General La Mar, está nombrado Presidente de un triunvirato, para ejercer las funciones del Poder Ejecutivo, sujeta en todo y por todo al Congreso.

“Añada Ud. a tales dificultades, que el enemigo se acerca a Lima; y que los nuestros deben desanimarse mucho, con el *escape* de San Martín, que debe aparecer como una declaración del peligro, en que se encuentra el Perú, como realmente lo tiene, sin la menor duda”. (Historia de la Nación Argentina, pág. 883, Tomo VI, Vol. 2).

Escape de San Martín ante el Peligro!

¿Es posible concebir eso?

Es tan absurdo, que se destruye por lógica, y por su propia expresión.

Digamos nosotros que esa desafortunada carta de Bolívar, no es sino una de las características de su temperamento exaltado y pasional, contradictorio y turbulento, que lo llevó a muchas contramarchas en su vida, lo que no amengua su glo-

ria, como libertador, pero le privan a su personalidad, de los rasgos que tanto destacan la personalidad de San Martín.

Y en eso está la diferencia y por eso precisamente, es que yo puedo decir de nuestro glorioso héroe, que de cada paso de su vida, surge como de una fuente misteriosa, un caudal de altas y nobles enseñanzas.

De labios argentinos responsables, no han de salir jamás agravios para la memoria de Bolívar, con cuyo nombre hemos bautizado calles y ciudades argentinas y cuya estatua se alza en la ciudad Capital de la República y hemos de sentirnos siempre, entusiastas por sus glorias y comprensivos ante sus errores.

Pero vamos recién a nuestro enfoque. |

San Martín advierte que Bolívar no está dispuesto a compartir la gloria de dár término a la guerra por la independencia.

Con ese poder de penetración que le ha caracterizado a través de su vida, él ha penetrado en el alma de Bolívar, en la histórica entrevista.

Inútilmente el glorioso caraqueño, ha esquivado sus ojos, eludiendo la mirada penetrante e inquisidora del vencedor de los Andes. Este ha leído su pensamiento íntimo, ha descubierto su irreductible ambición. Sana ambición de gloria, a lograrla en los campos de batalla, en pro de la libertad, pero dispuesto aún a comprometer esa libertad, antes que renunciar en nada a esa aspirada gloria.

Es que para Bolívar, su triunfo, era anterior y principal, con respecto al triunfo de su causa. |

Y he aquí el contraste. San Martín aspiraba por sobre todo, al triunfo de su causa, que era la de América, con él a la cabeza, con él en segundo término y aún sin él, si eso era la condición que mejor lo aseguraba.

Cuando se organizaba en Chile la expedición al Perú, al ver que ese gobierno se demoraba tanto en la realización del propósito, le asalta el temor de que O'Higgins pueda sentir celos a su respecto, y que el ilustre chileno, anhele ser él quien dirija esa expedición y en el acto, le escribe a Guido, nuestro

representante en Chile y le dice, que no tendría inconveniente en partir al Perú, bajo las órdenes de O'Higgins, como Jefe de Estado Mayor del Ejército expedicionario y agrega "tal vez así todo se arreglaría".

¿Cómo nos va a asombrar entonces que en Guayaquil le ofreciera a Bolívar, que era su par, ponerse a sus órdenes, para servir a la libertad de América?

Con justicia dice Mr. Eliot Root, el prestigioso político y estadista norte-americano, que San Martín, es el único sud-americano, digno de ser nombrado a la par de Washington, como ejemplo de inspiración patriótica, pues fué un soldado, que cuidó mas de su causa que de su gloria.

Y ya frente a la negativa, San Martín hace el análisis certero,

La venida de Bolívar con su ejército a Lima, para unirlo con el Ejército Argentino-Chileno-Peruano, es una necesidad imperiosa, sino indispensable. "El único inconveniente es la presencia del General San Martín", lo dice él mismo en las cartas que he copiado.

En la entrevista debió definirse a quien correspondería la responsabilidad y la gloria de la jefatura de los ejércitos de América, en esa lucha final.

Ambos héroes tenían el mismo derecho e idéntica capacidad para la victoria, pero uno debía eliminarse.

¿Cuál?

El que fuera capaz de alzarse a la altura del problema, por las consecuencias enormes y acaso irreparables que del mismo debían de surgir.

San Martín advertía, que su continuación al frente del Ejército Libertador en el Perú, dados los propósitos de Bolívar, desembocaría en un ineludible conflicto armado con éste. Así se lo dice a Guido la noche de su partida y le agrega: que en tal caso "los despojos del triunfo, a cualquier lado que se incline la fortuna de las armas, los recogerían los españoles. No seré, quien deje tal legado a mi patria y preferiría perecer, antes que ostentar laureles recogidos a ese precio".

Y San Martín, descendiendo del poder, renuncia a la victoria y se elimina en bien de la libertad del continente.

¿Yo pregunto, mis señores: Cómo sale San Martín, a la luz de los hechos y de la verdad histórica?

¿Cuál de los dos guerreros se eleva a mayor altura, en la defensa de la causa común?

Y no se hable de vencido ni de vencedor, porque en Guayaquil quien triunfó, fué una virtud y los triunfos de la virtud no son derrotas para nadie.

He aquí, de toda su vida ejemplar la nota más alta, lograda por la propia supeditación de todo su ser, al servicio del ideal cuyo triunfo, no era indispensable que lo lograra él, solo para que envolvieran su personalidad los rayos de la gloria.

A San Martín no lo encandilaron los rayos de la gloria, ni perturbaron jamás la claridad de su juicio y si la logró de pleno, "fué solo porque acertó con ella, en el camino de su deber", libre y razonadamente fijado:

Él quería el triunfo de su ideal, la libertad, aún cuando fuera en la persona de Bolívar, que así, se cruzaba en el destino de América, —mas que en el suyo— que era una trayectoria imperturbable, que solo dependía de su voluntad, para ser, lo que debía ser, y de no: nada.

¿Sin la postura de Bolívar en Guayaquil, habría tenido la posteridad la prueba de la sublime abnegación sanmartiniana?

Bolívar como el agua regia, de los viejos plateros de antaño, sirvió para probar la pureza de alta ley de ese metal precioso y por lo tanto incorruptible, que fuera el espíritu y el concepto del deber, del héroe argentino.

Y he aquí otra enseñanza y otra filosofía, expuesta en acción: la del deber.

Pero el deber cumplido a conciencia, en toda la extensión del propósito declarado, es decir a lealtad plena.

Y tanto, que para no restarle fuerza a Bolívar, no devolvió las tropas argentinas, ni las de Chile, lo que correspondía en justicia, ni canceló sus gestiones ante el gobierno de Buenos

Aires, ni ante el de Santiago para el envío de recursos y refuerzos, al contrario, insistió en ellos.

Es que no se retiraba del Perú, sembrando de dificultades el camino, que debía recorrer Bolívar, ni se retiraba con el corazón roído por el despecho, ni mordido por la envidia o el encono, deseando el fracaso de su afortunado oponente y preguntando de antemano, como una dulce venganza, la posibilidad de su derrota.

No.

A lo que él aspiraba, era sobre todo, a la libertad de América.

Por eso le dijo a Guido la noche de su partida: “Y si Bolívar, a expensas de mi retiro, logra vencer definitivamente a los enemigos de la libertad, será esa una victoria americana, que es lo que él y yo anhelamos”.

Y para no dificultarla, como se lo escribió a Bolívar y años después al General Castilla, prometió el silencio más absoluto, aún cuando ese silencio, perjudicara su reputación y honor, según sus propias palabras.

Y así resalta su grandeza y su abnegación.

Arranca su personalidad de entre los acontecimientos en que interviene, prescinde de su yo, para existir solo en función de la misión que cumple.

Por eso al despedirse de los peruanos, para siempre, después de haberlo renunciado todo, renuncia aún a la gratitud que se le debe y les dice, desdibujando su propia individualidad:

“No he sido más que el instrumento accidental de la justicia y el agente del destino”.

Solo en virtud de un análisis superficial e incompleto, se puede creer que lo que surge de esta expresión trascendente, es apenas un mero rasgo de modestia.

Es algo de mucho mayor contenido —como lo expresara días atrás, en la Junta de Estudios Históricos—, es algo de más densa sustancia.

Es la explicación sincera que él dá, del origen de su ac-

ción libertadora y de las fuerzas que han hecho posible sus hazañas.

Resta así, valer a su acción, pero expresa su pura concepción.

Cuando él expresa, que solo ha sido el instrumento accidental de la justicia, se refiere a los nuevos conceptos de justicia, producidos en tres siglos de evolución en las ideas políticas y sociales como reacción incontenible de los pueblos, en contra del absolutismo de los reyes, fundado en su pretendido origen divino. Alude a los nuevos conceptos de la justicia y de la libertad, que surgían en el mundo, como un eco resonante de la proclamación de los derechos del hombre, lo que había creado clima y fuerzas propicias para luchar por esa libertad, que como un fuego incontenible, incendiaba a toda la América y proporcionaba las fuerzas necesarias para esa lucha, y su triunfo.

Y entonces, expresaba, que en las hazañas cumplidas, eran esas fuerzas las que habían actuado y triunfado, de las cuales él se decía, un mero instrumento accidental y un agente del destino.

Pensar así, no es lo común en los poderosos de la tierra, que llegan a atribuirse potestades personales, permanentes y definitivas frente a sus pueblos, sin advertir que su fuerza y su poder es accidental, como dice San Martín y solo mientras encarnen una aspiración colectiva, en favor de la cual concurren y afluyen las circunstancias propicias y los hechos concordantes, aún cuando sean ajenos o extraños a esa aspiración.

Por eso es que el poder y la influencia de los conductores de los pueblos, es siempre transitorio.

Y parte del Perú, dejando en manos del Congreso los atributos del poder y expedito el camino para que Bolívar venga a rematar la empresa gloriosa de la libertad de América.

Vicuña Mackenna, dice de él, "San Martín no fué pues un hombre, ni un político, ni un conquistador: fué una misión".

Paz Soldán, el ilustre historiador peruano a su vez dice: "Declaramos ante el Universo, que San Martín es el más gran-

de de los héroes, el más desinteresado de los patriotas, el más virtuoso de los hombres públicos, el más humilde en su grandeza”.

Y envuelto en la magnífica soledad de su alma estoica, y por las mismas razones que abandonara todo en España, para cumplir con los dictados de su conciencia, abandona el teatro de sus glorias y la eminencia del poder.

Sublime concepción de la vida, que así la eleva, de lo bajo de las ambiciones y apetencias humanas, hasta la altura de una misión del destino.

Y en la noche brumosa en que su barco se alejaba del Callao, mientras la línea negruzca de la costa se perdía entre las sombras, como en aquella tarde que partiera de Cádiz, también debió sentir en su corazón la angustia de un doloroso desgarrón, pero también pudo cuadrarse ante su conciencia insobornable y saludando, repetirle otra vez: Está cumplida la orden.

Y yo agregaría: cumplida la orden y fundada una filosofía vital: la del deber imperturbable, rigiendo la vida, a través de todo lo contingente e imprevisto, de afuera o de adentro del propio ser.

Y ya en el ostracismo, se refugió en el silencio, ante la ingratitud, la calumnia y el dicerio.

González, el gran pensador argentino dice a este respecto, que “San Martín hizo del silencio, el último baluarte ideal de su vida”.

Y “que logró hacer ese silencio, en torno y dentro de sí mismo, en sus últimos años, cuando ya estaba su alma, en la región del ideal, o en la zona incontaminada de la pureza, después de todos los años vividos del recuerdo de sus propias hazañas y del recuerdo mucho más fuerte todavía, de todas las injusticias y calumnias acumuladas por sus contemporáneos, sobre su corazón y sobre su nombre”. “Su ser, se había purificado —agrega González— y no era ya, sin duda, el San Martín de las batallas, era el San Martín de la filosofía, hecho para la meditación silenciosa y activa, que había afinado su

espíritu, al diapasón de las más puras concepciones éticas". Y no obstante las ingratitudes y calumnias de sus contemporáneos y aún de sus compatriotas, —como lo hiciera el Divino Maestro desde el Gólgota con sus enconados perseguidores—, les otorgaba el perdón, sin agravios ni recriminaciones, a esos compatriotas que después de calumniarlo, lo vieran impasibles, en la miseria y el olvido, y estampaba en su testamento la disposición incomparable: "Quiero que mi corazón repose en Buenos Aires" (1).

JULIO CESAR RAFFO DE LA RETA

(1) *El Silencio de San Martín*, Dr. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.